

DONOSO CORTÉS: LA CUESTIÓN VITAL DE ESPAÑA

Por CONSUELO MARTÍNEZ-SICLUNA (*)

Nos proponemos, a través de esta aproximación, no tanto recordar la obra de Donoso Cortés, sino analizar cuanto de vigente se encuentra el legado de Donoso en el momento actual y en la España de hoy en día. El pensamiento de Donoso atraviesa un siglo crucial en el devenir de nuestra historia en común, representa la tradición que él mismo anuncia a través de su voz, una voz que expresa de una forma contundente la voz de nuestros padres. A través de Donoso, el siglo XIX se une a los siglos anteriores; después de Donoso, como de aquellos pensadores católicos que enunciaron la desgracia de España, se sienta el fundamento de una reacción que, sin ellos, hubiera dejado el suelo patrio yermo. Extremadura que es tierra de conquistadores, se hizo tierra de pensadores. Donoso supo ver el signo de los tiempos y los problemas sobre los que gravita su doctrina siguen siendo los problemas esenciales sobre los que España tiene que pronunciarse y resolver necesariamente.

Conocido es el espíritu clarividente o profético de Donoso: la hora de Rusia que habría de llegar o la imposibilidad de una hegemonía de Inglaterra. La hora de Rusia es la hora de la revolución, una revolución que otro grande, Dostoievsky, cifrará exactamente en 100 millones de muertos, tan sólo en suelo europeo, lo que ciertamente acontecerá.

La hora de Rusia sonará en el concierto de las naciones cuando se hayan disuelto todos los obstáculos que impiden que haga la guerra al Occidente: cuando haya conseguido todos sus propósitos: primero, que la revolución, disuelta la sociedad, disuelva los ejércitos permanentes; segundo, que el socialismo, despojando a los propietarios, extinga el patriotismo; tercero, el acabamiento de la empresa de la confederación poderosa de todos los pueblos esla-

(*) Universidad Complutense (Madrid).

vos bajo la influencia y protectorado de Rusia. Cuando en Europa no haya ejércitos permanentes, habiendo sido disueltos por la revolución; cuando en Europa no haya patriotismo, habiéndose extinguido por las revoluciones socialistas; cuando en el Oriente de Europa se haya verificado la confederación de los pueblos eslavos; cuando en el Occidente no haya más que dos grandes ejércitos: el ejército de los despojados y el ejército de los despojadores, entonces sonará en el reloj de los tiempos la hora de Rusia; entonces la Rusia podrá pasearse tranquila, arma al brazo, por nuestra patria (1).

Y efectivamente en el siglo pasado Rusia y sus agentes se pasearon tranquilamente por el suelo de nuestra patria, aunque correspondió a España el papel que el resto de una Europa sometida no supo desempeñar.

Respecto de Inglaterra, Donoso advierte, al tiempo, de la imposibilidad de una revolución en esta nación, pero también de la incapacidad de Inglaterra de llegar a ostentar la supremacía en el concierto de las naciones, por la falta de instituciones católicas. Sobre Inglaterra tendrá siempre Donoso un juicio personal extremadamente duro, derivado de las dos posiciones que mantiene en suelo peninsular: Gibraltar y Lisboa. La dominación exclusiva de Inglaterra en Portugal es el oprobio de la nación española, mantendrá.

A Francia apenas le cabe más papel en el diseño internacional que el de ser el club central de Europa.

¿Y el papel de España? ¿Y la hora de España? La preocupación por España, por los sucesos revolucionarios que acontecen en el resto de Europa y por la cuestión vital de España, es un signo que late constantemente a lo largo de toda la obra de Donoso. De una manera o de otra es éste el motor de la vida política de Donoso y que marca el giro de su evolución política. Porque la evolución política de Donoso, inseparable de su evolución religiosa, viene marcada por el dolor de España, que le hará ser, con el transcurso del tiempo, profundamente pesimista. El pueblo español, caído y postrado, serán algunas de las expresiones que utilice para referirse a la lenta agonía de España en el concierto de las relaciones internacionales.

Pero la cuestión religiosa es la principal de las cuestiones políticas en el sistema diseñado por Donoso especialmente a partir del *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*. Y éstas dos cuestiones se unen claramente en la historia de España, en la historia ya vivida y en la historia que en los siglos posteriores a España la habrían de marcar.

¿Pudo Donoso advertir de alguna manera la encrucijada por la que iba a atravesar España en un momento posterior y el riesgo de su desaparición como la unidad que la tradición y la historia habían sedimentado al paso de los siglos? ¿Pudo acaso pensar que todas las características, todas las circunstancias que presagiaban la hora de Rusia, se iban a dar en el suelo patrio, que se disol-

(1) Donoso Cortés, Juan, *Discurso sobre Europa*.

vería, en nombre de la revolución, la sociedad y el ejército, que se extinguiría el patriotismo, y que en nombre de la revolución, que es instauración del desorden, se atacaría la misma fe en cuya defensa se había fortalecido y trabado España como nación?

Es esta una pregunta que confieso cada vez me acucia más cuando leo los escritos de algunos de los autores que forjaron la hispanidad, ahora que parece que hemos renunciado a todo cuanto ella supuso en la historia. Decía ese otro grande del espíritu, Ramiro de Maeztu, que cuando el español se pregunta acerca de su grandeza pasada, ve claro cómo los tiempos de auge son los de fe y de decadencia los de escepticismo (2).

Más allá de este tiempo actual de decadencia, que no es sino continuación de la decadencia por la que atraviesa España a lo largo del XIX, confiemos en elevarnos como hizo Donoso por encima de las circunstancias que le tocaron vivir, siendo él precisamente un hijo del siglo y un pensador que consiguió superar ese siglo de negaciones radicales junto a afirmaciones soberanas, como el mismo señaló.

La obra de Donoso no es sólo una obra ceñida a una etapa histórica y a un momento preciso, su enseñanza se proyecta hacia el futuro, porque sitúa el punto exacto donde se encuentra la herida abierta del ser español. Nos habla con palabras que podemos entender claramente desde el dolor de los despojados frente al ejército de los despojadores.

Dirá Menéndez Pelayo, a propósito de Balmes y de Donoso que «Dios los suscitó en el instante de la tremenda crisis, en la aurora de la revolución, y la semilla que ellos esparcieron no toda cayó en terreno estéril e infecundo, ni entre piedras, ni a la orilla del camino. Ellos dieron el pan de vida intelectual a una generación próxima a caer en la barbarie... no escribieron para el día de hoy, fiaron poco de personas ni de sistemas; todo lo esperaron de la regeneración moral, de la infusión, del espíritu cristiano en la vida. Con el error no transigieron nunca; con la iniquidad aplaudida y encumbrada, tampoco. Si pasaron por la escena política, fue como peregrinos de otra república más alta...» (3).

República más alta que se anuncia ya en algunas de sus intervenciones parlamentarias –como, por ejemplo, en el discurso pronunciado sobre la dotación de culto y clero, el 15 de enero de 1845, a tenor del proyecto del gobierno de Narváez– y de la que debe de ser un trasunto la autoridad política. La autoridad pública considerada en general, dirá, viene de Dios. En su nombre se ejer-

(2) Maeztu, Ramiro de, *El sentido del hombre en los pueblos hispanos*, Conferencia leída en el Centro Gallego de Montevideo el 11 de mayo de 1929, en el IV y V Curso de Conferencias sobre Problemas Iberoamericano

(3) Menéndez Pelayo, Marcelino, *Historia de los Heterodoxos Españoles, Regalismo y Enciclopedia. Los afrancesados y las Cortés de Cádiz. Reinados de Fernando VII e Isabel II. Krausismo y apologistas católicos*, cap. XI, III. d.

ce toda autoridad, desde la doméstica, ejercida por el padre, hasta la religiosa de los sacerdotes, y, por último, la política de los gobernantes de los pueblos. Fue ésta la primera y única vez en que Donoso manifestó la necesidad de un partido nacional que superase las banderías políticas y que mirase hacia la cuestión de España, que comenzaba a ser en su pensamiento la cuestión religiosa.

En el *Discurso sobre la dictadura* (1849), sobre las banderías políticas, sobre la legalidad, pretenderá elevar a la sociedad: cuando la legalidad no es suficiente para contener la revolución, entonces sólo queda la dictadura, dicho por quien se manifestaba incapaz ni de condenar la dictadura ni tampoco de ejercerla. En un acertado análisis de las revoluciones, vendrá a decir que las revoluciones son las enfermedades de los pueblos ricos y de los pueblos libres. El germen de la revolución no es ni la miseria, ni la esclavitud, el germen de la revolución está en los deseos sobreexcitados de la muchedumbre por los tribunos que las explotan y benefician. Son los tribunos los que guían a la muchedumbre con sus soflamas, las que las conducen primeramente por el camino de la discordia y de una ruptura social que termina necesariamente en un proceso revolucionario, tanto más cuestionable cuanto que tales tribunos son opulentísimos aristócratas, al decir de Donoso, o jornaleros de la política, trasladado el problema al momento actual, y nunca hambrientos o esclavos.

Y de la mano de la revolución vendrá la constitución de un despotismo sin límites, porque no vendrá a instaurar la verdadera libertad, una libertad que sólo ha sido establecida por Dios y que sin Dios no tiene sentido. La secularización de Europa, comenzada con la emancipación intelectual y moral de los pueblos, con el luteranismo, según Donoso, representa al tiempo el nacimiento de las monarquía absolutas, la subida de la presión política, del termómetro político, frente a la bajada de la presión religiosa, del termómetro religioso. Y de esa subida sin fin vendrá un Estado total, que todo lo ve y todo lo oye, al que no le basta con tener un millón de ojos y un millón de oídos, sino que quiere más, quiere la intervención absoluta en todos los aspectos de la vida del individuo, empezando por la sociedad doméstica, alterando y subvirtiendo la prolongación natural del padre en el hijo. Mundo de errores, de incapacidad absoluta para reaccionar ante lo que había de venir, ante la oleada revolucionaria ya imparable y ante la que muy pocas voces se manifiestan.

Quien proclamara en el *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* que «todas las cosas están en Dios y que Dios está en todas las cosas» (4), no podía transigir con el error, como señalaba Menéndez Pelayo, El Marqués de Valdegamas dará razón del por qué de los tiempos en los que todo se ennegrece frente a aquellos en que el espíritu triunfa: «... al compás mismo con que se disminuye la fe, se disminuyen las verdades en el mundo; y por

(4) Donoso Cortés, Juan, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, I. I, cap. I.

qué causa la sociedad que vuelve la espalda a Dios ve ennegrecerse de súbito, con aterradora oscuridad, todos sus horizontes» (5).

La disminución de la verdad en el mundo, de la cual Donoso es un testigo incómodo, había ya sedimentado sus raíces en el siglo XIX, de manera que los siglos posteriores no han hecho sino continuar el avance demoleedor. Una sociedad que vive al margen de Dios o siguiendo el mandato de Grocio, como si Dios no existiera, es una sociedad vacía, que carece de la ley de la solidaridad entre sus componentes, esa ley de la solidaridad que desde la sociedad doméstica hasta la organización estatal se deja sentir cuando el hombre vive su vida asumiendo su libertad personal, pero también asumiendo los designios de la divina Providencia. La conciliación entre el orden creado por Dios, que es signo providencialista y la libertad del hombre, la verdadera libertad, no ese arbitrio que busca tan sólo el interés personal, será otra de las grandes cuestiones de Donoso.

La ley de la solidaridad explica, mejor que cualquier otro principio, la unión espiritual que nos vincula al pasado y que nos proyecta hacia el futuro. Cuando las generaciones ya no se sienten solidarias de lo que en otros momentos de la historia se ha vivido en el seno de una nación, los vínculos han quedado rotos, pero también el propio signo de la nación en cuanto tal. La clarividencia de Donoso nos muestra cuál es el camino que ha de seguir quien quiera romper la trama espiritual de un pueblo, romper la solidaridad con el pasado, como si la nación se reinventara continuamente, como si fuera ese plebiscito de todos los días, que decía Renan. Desaparecida la solidaridad como fundamento de unión con el pasado y hacia el futuro, sólo queda el presente cotidiano, con multitud de pequeñas sociedades fragmentadas, representación fidedigna del despotismo, desde el despotismo imperante en la sociedad doméstica, aunque se pretenda en el momento actual cambiar las tornas y establecer un despotismo del hijo sobre el padre, hasta el despotismo del Estado, que interviene e impone la ruptura de todas las sociedades inferiores a él, para que sea al final el Estado el único garante de la estabilidad y de la seguridad frente a la conflictividad social. Una suerte de despotismo tanto más superior cuanto que el hombre queda desprotegido, ya no tiene nada, ni siquiera la religión, en lo que poder refugiarse.

Para Donoso, la religión será justamente «el fundamento indestructible de las sociedades humanas», de forma que, para una sociedad que abandona el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay esperanza ninguna (6). Y efectivamente, cuando la sociedad sabedora de que no hay esperanza alguna se abandona en brazos de la idolatría del ingenio, se regocija en ella, prepara el camino para esos verdugos que han de venir, después de los

(5) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, l. I, cap. I.

(6) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, l. I, cap. I.

sofistas. ¿Debemos entenderlo como una advertencia? El sofista no se conforma con serlo y relativizar las verdades más absolutas, no se conforma con transformar la realidad y modificar el entero y completo sistema, lo que busca finalmente es descomponer el mundo, que le ha dado cobertura para actuar, y una vez producido ello aniquilar hasta los últimos vestigios de lo que un día fue. Llegarán los verdugos y los reconoceremos en el ropaje del sofista.

Donoso en su afirmación de la teología como el asunto perpetuo de todas las ciencias, recoge el argumento de San Ambrosio: toda palabra que sale de los labios del hombre es una afirmación de la divinidad, hasta aquélla que la maldice o que la niega. Incluso para negar la existencia de Dios tenemos que presuponer un concepto superior a nuestro propio entendimiento. El pensador extremeño no pudo saber con exactitud, pero sí intuir, porque las escuelas liberales ya lo habían establecido así, el interés propio de los siglos posteriores en reclutar toda una campaña propagandística destinada a señalar que Dios no existe, prueba ambrosiana de la misma existencia de Dios y prueba de la libertad personal del hombre. El siglo XX ha sido además especialmente representativo en la demostración no ya de la negación de Dios, sino también del odio a Dios mismo y a quienes se manifestaban como testigos de la fe. Los verdugos, que en España se expresaron brutalmente, quizá junto con la de los Cristeros en Méjico, en la única persecución religiosa, desencadenada en la Edad Contemporánea, vinieron así a dar validez a las palabras de Donoso, demostrando que la cuestión de España era la cuestión religiosa, como lo era de Europa, de la humanidad y del mundo (7).

Inciendiando en la cuestión religiosa, la verdadera cuestión esencial porque revela la esencia del hombre, Donoso hablará de la misma historia de nuestra tierra, de cómo la manera de pronunciar el nombre de Dios explica «la vocación de las razas, el encargo providencial de los pueblos, las grandes vicisitudes de la Historia, los levantamientos y las caídas de los imperios más famosos, las conquistas y las guerras, los diversos temperamentos de las gentes, la fisonomía de las naciones y hasta su varia fortuna» (8).

La historia de España no se explica sin haber pronunciado de una manera nítida y clara el nombre de Dios, de haberlo llevado más allá de las columnas gemelas de Hércules, aquéllas que el Emperador Carlos pudo llevar en la divisa imperial, y que explicaban la dimensión de un mundo nuevo, abierto a la evangelización y a la Cristiandad, pero cuando en España se ha rebajado el termómetro religioso indicador de funestas consecuencias en el camino de los hechos políticos, todo ya es posible. Dirá Donoso en palabras que son premonitorias: «Yo he visto, señores, y conocido á muchos individuos que salieron de la fe y han vuelto á ella: por desgracia, señores no he visto jamás á nin-

(7) Donoso Cortés, Juan, *Discurso sobre la dictadura*.

(8) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, l. I, cap. I.

gún pueblo que haya vuelto á la fe después de haberla perdido» (9). Y cuando un pueblo pierde la fe está abocado al desorden y a la anarquía. Porque el desorden supone verdaderamente la encarnación del mal, la imagen real de una teología satánica.

Para Donoso, el catolicismo salvó al mundo del desorden, introdujo el orden en el hombre y a través de él en las sociedades humanas: «El orden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del mundo moral al mundo político» (10). Y cuando el mundo político ha roto sus ataduras con el mundo moral y éste a su vez con el religioso, cabe decir que entonces hemos perdido también la idea de orden como núcleo central de una sociedad. ¿Qué queda sin el orden? Cabría decir, siguiendo el hilo del pensamiento de Donoso, en una sociedad que ya no es católica dos cosas son posibles: el despotismo y las revoluciones, e incluso uno, el despotismo, como preludio de la revolución que ha de llegar después. Una sociedad que ha dejado de ser verdaderamente católica libera el orgullo de la obediencia y de la autoridad y lo convierte en espíritu de dominación y en espíritu de rebeldía.

Y en una sociedad que ya no es católica, ¿qué sucede con la familia? La familia, señala, «ha seguido en todas partes las vicisitudes de la civilización católica» (11). Y ello en el momento actual, cuando los ataques a la familia se muestran viscerales y manifiestan todo el odio de que el despotismo es capaz, son particularmente preocupantes, y al tiempo, claramente admonitorias, las palabras de Donoso: «cuando la civilización católica va de vencida y entra en un período decadente, luego al punto la familia decae, su constitución se vicia, sus elementos se descomponen, y todos sus vínculos se relajan» (12).

Clarividencia de Donoso. La decadencia de la civilización católica abre la puerta a la decadencia de la familia, a la pérdida del verdadero sentido de ésta, que es una unión duradera, la duración de toda una vida. Debemos pensar que si el último reducto donde queda algo, el último baluarte donde se esconde aquello que impregnó de catolicidad a todo un pueblo, se destruye, ya no quedará ningún dique que contenga la aniquilación de la sociedad y de la España que fue un día.

Emancipada España de la Iglesia –como dirá Donoso de la sociedad, emancipada de la Iglesia– no hace «sino perder el tiempo en disputas efímeras y estériles, que, teniendo su punto de partida en un absoluto escepticismo, no pueden dar por resultado sino un escepticismo completo» (13). Y situados en

(9) Donoso Cortés, Juan, *Discurso sobre la dictadura*.

(10) Donoso Cortés, Juan, *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo*, I, I, cap. II.

(11) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, I, I, cap. II.

(12) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, I, I, cap. II.

(13) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, I, I, cap. III.

el escepticismo completo, en ese acostarse sobre la almohada de la duda, el español tiende la capa en el suelo y se harta de dormir, nuevamente Maeztu.

Pero es que perdida la civilización católica, el español se encuentra solo: fuera de los confines católicos, el hombre es un ser solitario, egoísta y orgulloso. Lo mismo cabe decir de un pueblo que ha salido de los límites de la catolicidad: un pueblo fragmentado, que no ve más allá de las discusiones estériles.

Situado en el terreno de lo político, consecuencia de lo religioso, Donoso ve nítidamente cómo el liberalismo será superado por el socialismo. Dirá que las escuelas socialistas prevalecerán sobre las escuelas liberales, por lo que éstas tienen de antiteológicas y de escépticas, mientras que el socialismo es una teología satánica. Para el catolicismo guarda el socialismo sus odios, mientras que para el liberalismo no tiene sino desdenes (14). Efectivamente, para el socialismo el verdadero enemigo no es el liberalismo, doctrina política, sino el catolicismo, doctrina religiosa, porque si se trata de destruir el orden nada mejor que destruir el fundamento de todo orden que es el catolicismo. El socialismo es una teología satánica, dirá Donoso, y acierta verdaderamente, porque se trata de elevar un nuevo altar sacrílego sobre las ruinas del sagrario. Destruído el orden, es posible instaurar el fin del socialismo que no es otro que el de «crear una nueva atmósfera social, en que las pasiones se muevan libremente, comenzando por destruir las instituciones políticas, religiosas y sociales que las oprimen» (15).

Quizá supo ver Donoso como nadie lo que ninguno podía advertir en el socialismo y lo que a algunos todavía les sigue sorprendiendo, que el socialismo pretenda transmutar y volcar cabeza abajo las instituciones cuando alcanza el poder, que el proyecto socialista no se limita al gobierno, sino que como teología satánica pretende modificar la sociedad entera, trastocarla y conducir a una nueva clase de sociedad que responde al único dios que el socialismo reconoce como tal, que es la ejecución del mal y la desaparición de la religión como motor de la acción humana. Y el principal ataque del socialismo, después del ataque a Dios, va dirigido a la familia, consumada ya su disolución en nombre de los principios liberales, como advertirá Donoso. Tiempo llegará en que los títulos del Estado serán superiores a los títulos de los individuos, puesto que el Estado es por naturaleza perpetuo y los títulos de los individuos no pueden perpetuarse fuera de la familia.

Y ante el peligro de desaparición del orden, la responsabilidad del hombre, la responsabilidad de cada uno de nosotros considerados individualmente. ¿Cómo hablar de responsabilidad en una sociedad que niega al hombre la capacidad de asumir las consecuencias de sus actos? Donoso pronuncia palabras que hoy en día están vedadas: culpa, pena y desgracia, como efecto pro-

(14) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, l. II, cap. VIII.

(15) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, l. II, cap. X.

ducido por la transmisión del pecado desde Adán. Justo es que sea penado quien es culpable. Asumir la culpabilidad y asumir la pena son ya dos ideas separadas del mundo en el que vivimos, pero no ver que el dogma de la transmisión del pecado implica también la redención necesaria y el auténtico fundamento de la libertad, es negarse a aceptar la posibilidad de que el hombre por la salvación pueda encontrar la vía que le conduce a Dios. La pena es el vínculo que une a Dios con su criatura y a través de la pena se manifiestan la misericordia y la justicia. La negación, como hace nuestra sociedad actual, de las consecuencias de nuestros actos, la negación del sentimiento de culpa –ya lo dijo Kierkegaard: la culpa es la conciencia del cristiano– hace imposible la redención y aboca al hombre a una desgracia sin límites, porque no caben ni la misericordia ni la justicia.

El hombre, para Donoso, conserva intacta, íntegra su responsabilidad personal: el hombre puede ser santo, siendo individuo de una familia pecadora, incorrupto e incorruptible siendo miembro de una sociedad corrompida (16). Queda pues esperanza incluso en una sociedad que la ha perdido toda. Esperanza y responsabilidad personal frente a un tirano que Donoso anuncia que será gigantesco, colosal, universal, inmenso. Un tirano para que el no hay ya resistencias físicas, pero frente al cual tampoco caben las resistencias morales, «porque todos los ánimos están divididos y todos los patriotismos están muertos» (17).

(16) Donoso Cortés, Juan, *op. cit.*, l. III, cap. III.

(17) Donoso Cortés, Juan, *Discurso sobre la dictadura*.